

## EL VALOR DE EDUCAR

La educación nunca volverá a ser lo que era hace tan sólo unos pocos años. Demasiadas cosas han cambiado en las últimas décadas. La revolución, tan esperada o tan temida, no ha llegado por el camino de la mutación de las relaciones de producción, sino por el surgimiento de una nueva mentalidad social, imbricada con las nuevas tecnologías del conocimiento y de la información, y con la globalización de los intercambios, cuyo horizonte es ahora el mundo entero. Nadie puede prever cómo va a ser la sociedad o la educación dentro de cien años, o incluso de cincuenta.

Si hoy hace falta auténtico valor para educar, se debe en buena parte a que nos movemos en un campo en el que la contingencia es muy alta, y en el que se pueden producir multitud de "efectos perversos". Intentamos una cosa, para arreglar cierto problema, y lo que resulta es como un backlash, un contragolpe, algo así como un boomerang que vuelve por detrás y nos golpea en la espalda.

Pero la necesaria valentía y audacia que deben forjar en sí mismos los educadores proviene especialmente de que no todos los que están implicados en la enseñanza trabajan a favor de su calidad. La educación en España se ha burocratizado y se ha mercantilizado. Sus peores enemigos ocupan puestos clave en los procesos de decisión, porque tienen poder para lanzar leyes y reglamentos educativos, tanto en el ámbito nacional como en el regional y local. Y resulta que esas regulaciones no siempre miran el bien de educandos y educadores, sino que están al servicio de otros intereses estratégicos o ideológicos. Y, donde está el poder, se encuentra también el dinero. Aunque se trate habitualmente de actividades que disponen -cada una de ellas- de recursos económicos escasos, el montante de los medios materiales que la educación mueve es ingente. Lo cual provoca que se multipliquen las mediaciones interesadas. Incluso, las motivaciones que se esgrimen ante los padres de los alumnos son, con frecuencia, económicas: en este centro educativo, se abre ante los jóvenes estudiantes un futuro social y económicamente prometedor. Y los profesionales de la enseñanza han de responder a esas expectativas. Por ejemplo, han de enseñar inglés e Informática en grandes proporciones, aunque estén persuadidos de que más formativo resultaría fomentar el conocimiento de matemáticas y latín.

Educar requiere valentía, fortaleza, gallardía, para enfrentarse con los obstáculos y para proponer metas ambiciosas, que muchas veces no son populares. La educación es de suyo exigencia, porque se pone a las jóvenes personalidades frente a su mejor tú, como diría Pedro Salinas. Pero a esta dificultad se une el valor en otro sentido aún más interesante: el valor que la enseñanza tiene en sí misma, incomparable con la adquisición de medios materiales. El conocimiento y el carácter valen más que los metales preciosos, la influencia o el bienestar. Uniendo ambas significaciones de la palabra, podríamos lanzar una consigna que sirviera como lema o enseña de esta conferencia: "El valor del educador para el valor de la educación". La valentía al servicio de la excelencia.

La educación -decía al principio-se encuentra zarandeada por cambios rápidos y profundos. En todo proceso de cambio, lo básico y decisivo es acertar en la nueva orientación. Y lo cierto es que nadie posee la clave del éxito, ni siquiera los que detentan en cada caso el poder político o económico, que suelen ser los más pretenciosos. En el ámbito de lo práctico, hemos de rectificar de continuo, ajustando constantemente la dirección de los procesos. Por tanto, no hay ideas felices que nos den todo compuesto y arreglado, y nos dispensen del trabajo de analizar el entorno, medir nuestras fuerzas, afinar los objetivos y tomar de continuo decisiones. Pero, almenas, se pueden adelantar algunas ideas básicas. Una de ellas -de la que me vaya ocupar en esta intervención-es la siguiente: El acierto llega de mano de las soluciones abiertas, mientras que las fórmulas cerradas conducen casi

inevitablemente al error. Al afrontar una época de cambios en todos los niveles educativos, como es la situación española actual, nos encontramos, por tanto, ante una encrucijada, que se podría desglosar en siete parámetros. Con la inevitable simplificación que este procedimiento conlleva, encontraremos en cada uno de estos parámetros dos actitudes contrapuestas, que en su cruce componen la figura de una encrucijada. Una de las posturas corresponde a una fórmula cerrada, de la que conviene alejarse, mientras que la otra nos ofrece un panorama abierto, y resulta preferible aunque habitualmente se presente como más ardua:

### I. ¿Activismo o maduración?

El planteamiento de las reformas educativas en España, tanto en el nivel universitario como en los estadios previos, está fascinado por el procedimentalismo. Se parte de una premisa más que problemática: el learning by doing. Pero lo cierto es que la multiplicación de las actividades no enriquece a quien las realiza. Hacer cosas mantiene entretenidos a los alumnos, captada su atención por imágenes y sonidos. Pero eso no implica que les haga crecer por dentro, que les eduque, que les madure. La maduración en el conocimiento tiene poco que ver con la agitación externa. Desde hace tiempo se ha perdido en pedagogía la auténtica noción de hábito, que tiene poco que ver con la rutina, la costumbre o la habilidad. Los hábitos son avances hacia uno mismo, potenciaciones de las propias facultades en su intencionalidad hacia sus objetos característicos, Los hábitos intelectuales se pueden adquirir con un solo acto y los morales tienen más que ver con el conocimiento que con la actividad externa. Pretender que los hábitos se adquieran por medio de actividades exteriores y registrables es un exponente del naturalismo que rige muchas concepciones actuales de la educación. Tampoco parece adecuado estereotipar las competencias, destrezas y habilidades, suponiendo que determinadas actividades van a conducir a ellas. No hay fórmulas fijas para adquirir los hábitos que enriquecen a la persona.

Una larga experiencia nos dice que el auténtico crecimiento educativo, la adquisición de una madurez personal e intelectual de altura, no se logra por medio del activismo bullicioso, sino más bien a través de la serenidad que procede del silencio creativo.

Para educar se requiere el valor de no dejarse avasallar por la modas didácticas y la claridad de ideas necesaria para orientarnos hacia la auténtica calidad de la educación, que siempre es un valor antropológico y moral. No se trata de que los alumnos sean capaces de hacer más cosas sino que ellos mismos lleguen a ser más: más maduros, más éticos, más sabios, más responsables. En la educación no hay clientes ni productos. Hay personas que tienen el valor de intentar que otras personas, más jóvenes, se dejen fascinar por los valores que van a hacer de su existencia una vida lograda.

La maduración no se sigue sin exigencia. Ya pasaron felizmente los tiempos en los que se pensaba que "todo lo que fastidia, forma". Pero nos hemos apegado demasiado a la idea de que sólo se logra educar si se logra que los jóvenes se lo pasen bien y no encuentren obstáculos que deban superar. El buenismo impera. Ahora bien, por mucho que haya progresado la tecnología, y crecido el nivel de bienestar social, la maduración personal exige el esfuerzo necesario para responder a los retos que una educación de calidad lleva consigo. No se trata de poner arbitrariamente dificultades, pero sí de afrontar los obstáculos que es preciso remontar para lograr la verdadera autenticidad.

### 2. ¿Controlo vitalidad?

Lo que le sobra a nuestro sistema educativo es burocracia, lo que le falta es vida. Y cada vez se agudiza más esta desafortunada tendencia. Al no generar enriquecimiento educativo, el procedimentalismo sólo se evidencia por medio de documentación. La enseñanza habrá de programarse entonces punto por punto, sin dejar teóricamente espacio para la improvisación ni la espontaneidad. Además, el objetivo que se pretende alcanzar con cada actividad educativa habrá de

reflejarse por escrito en un documento que quede archivado en el centro docente y sea accesible a los controladores. Donde se han comenzado a implantar estos procedimientos -llamado falsamente planes de calidad-, los profesores se quejan de que no tienen tiempo para preparar las clases, y mucho menos para investigar, tanto es lo que el papeleo les absorbe.

Lo que se considera importante en este desafortunado sistema de gestión no es que se realice una fase del proceso, sino que éste se atenga a pautas y quede registrado. A lo que acompaña a la enseñanza y al aprendizaje se le concede más importancia que a la enseñanza y el aprendizaje en sí mismos. Así, todas las actividades podrán ser controladas en las constantes evaluaciones de calidad, que no acostumbran a entrar en el examen del auténtico nivel educativo, sino que se mantienen en la superficie de los movimientos que supuestamente conducen a tal nivel de excelencia. Estamos ante la implantación del panopticum, propugnado por Jeremy Bentham, El Gran hermano ha llegado por fin, y cada día se manifiesta como más activo en la persecución del control total, que ya se va manifestando en otros aspectos de la vida social, acompañado de castigos completamente desproporcionados para quien incumple unas reglas más estrictas que las de los tiempos históricos que consideramos oscuros.

La vitalidad, en cambio, no se consigue a base de pautas estereotipadas, sino por inmersión en un ambiente fértil, a través de una convivencia culta. Da la impresión de que a los actuales decididores no les interesa que los ciudadanos sean reflexivos y sepan escudriñar la realidad. Prefieren muñecos mecanizados que reaccionen siempre de acuerdo con lo políticamente correcto. Ciertamente, hace falta valor para enfrentarse con toda una nueva ortodoxia, más estricta y restrictiva que la tradicional, que pretende asignar a cada uno su papel, y obligarlo a que lo cumpla sin apartarse de las pautas programadas. Con la compensación de que su vida privada puede adquirir un tono completamente lúdico. La estricta observancia de lo profesional y educativo queda compensada con el desbordamiento del consumo y del placer, con el vértigo del viernes noche, con alcohol y droga para todos, además -por supuesto-del sexo libre.

La educación no es algo que se impone desde fuera, S1110 que consiste en el libre desarrollo de las personalidades jóvenes. Lo que algunos políticos entienden por educación se parece demasiado a la manipulación y se aleja a grandes pasos de la libertad. Porque hay que tener en cuenta que la libertad de educación se encuentra íntimamente relacionada con la educación en la libertad.

### 3. ¿Eficacia o fecundidad?

La eficacia tiene que ver con lo cuantitativo y se plantea a corto plazo. La fecundidad, en cambio, se fija como meta lo cualitativo y apunta al largo recorrido. La diferencia es la que existe entre el mecanicismo y la vida del espíritu, que no está interesada por la influencia sino por la generación de nueva vida.

La dirección por objetivos constituye una notable adquisición de la gestión empresarial. Pero el management actual ha descubierto la rigidez que lleva consigo un encaminamiento exclusivo a metas inmediatas. Por una parte, se corre el riesgo de que el logro de objetivos se pague a un precio demasiado alto, al olvidar que el fin no justifica los medios, y que más importantes que el logro de metas es el respeto a los principios propios de la cultura de la organización. El respeto a los valores tiene más peso que el logro de los resultados. Por otra parte, el encaminamiento estricto a conseguir propósitos fijados con antelación mata la creatividad, no genera innovación, y es escasamente formativo para los ejecutores.

Por el contrario, al valorar más la fecundidad que la eficacia, lo importante no es ya lo que se logra externamente, sino el mejoramiento de aquellos que lo consiguen. Porque así se está apostando por el futuro y se pone en marcha un círculo vital que se retroalimenta continuamente, y en el que consiste precisamente la educación. La excelencia, la buena educación, no estriba tanto en lo que se

resulta capaz de hacer, sino en aquello que se es, y que constituye precisamente la fuente que permite actuar de un modo que ya no se puede describir como "hacer cosas", sino que trasciende el nivel de los objetos materiales y se mueve en el ámbito humano de las actitudes, las invenciones, los conocimientos y los afectos.

Este tipo de actitudes debería ser el objetivo de la "educación en valores". En realidad, los valores no son eslóganes que se pegan en las paredes del aula, y de los que se habla en las asambleas de alumnos, o de padres y madres. Los valores son vida, bienes éticos que se han de perseguir con libertad. Son modos de actuar que responden a virtudes que hacen realidad esas dignidades representadas por los valores.

En nuestro país se vive una paradoja cultural. Una mayoría de los ciudadanos se declara contrario al modo americano -estadounidense- de pensar y de vivir: el american way of life. Y sin embargo, el pragmatismo y el utilitarismo se han impuesto entre nosotros de un modo que hubiera admirado a los grandes representantes del pensamiento más genuinamente americano: Dewey, James, Pierce o Rorty. No sólo se han marginado las humanidades, sino también las ciencias teóricas, como las matemáticas, la física o la geología. Nuestros gobernantes nos dicen que hemos de dar un giro en la economía del país: pasar de la economía de la burbuja inmobiliaria y del turismo de bajo nivel a la sociedad del conocimiento, en el que el valor añadido sea el saber más. Pero, a la hora de hacer los presupuestos, las partidas que descienden drásticamente son las relativas a la educación, la enseñanza, la investigación y la innovación. No les preocupa el conocimiento, sino la ideología, como se ha demostrado con la Educación para la Ciudadanía, las asignaturas Ciencias para el mundo contemporáneo, y más recientemente la Enseñanza sexual y reproductiva.

#### 4. ¿Ideología o formación?

Una educación ideológicamente orientada, como parece es el caso en la enseñanza secundaria española, pretende transferir esquemas cerrados de un programa político y social a las mentes juveniles. Bien entendido que la finalidad de la ideología no es el conocimiento, la forja del carácter o la mejora de la convivencia, sino que persigue lisa y llanamente el poder. Pero como tal objetivo no es confesable, en el fondo de la actitud ideológica hay siempre un enmascaramiento. Las ideologías son incompatibles con la búsqueda de la verdad. Y la verdad es la primera víctima de una pseudoeducación de raíz ideológica.

La única ventaja que tiene la educación ideológica es que resulta irrealizable, justo porque la orientación de toda la vida hacia la verdad es la necesidad más básica de la mujer y del hombre, y late todavía incontaminada en los jóvenes. Ahora bien, aunque sea irrealizable,

O precisamente por ello, la manipulación ideológica en la escuela produce hondas distorsiones. Da lugar a psicologías confusas y retorcidas, difícilmente recuperables para una vida familiar, profesional o social equilibrada y sana.

La formación, en cambio, no tiene nada que ver con la manipulación. Es lo más alejado del intento de "golpear las cabezas basta que penetre en ellas la verdad", como decían los fascistas italianos. La formación no consiste en presionar las conciencias, en convencer a base de repetir, en procurar transferir a otro las propias convicciones. La formación no tiene nada que ver con el adoctrinamiento ni con lo políticamente correcto. No se mueve dentro de un esquema causal, sino en un paradigma intencional, es decir, cognoscitivo y volitivo. El protagonismo corre enteramente por parte del educando, en el que no se pretende influir, sino dejarle ser, para que saque lo mejor de sí mismo, para que se produzca en ella o en él -desde dentro- un auténtico florecimiento, con plena libertad. Lo cual en modo alguno equivale a una especie de anarquismo roussoniano, sino que implica una gran exigencia e incluso una notable disciplina, siempre que se entienda bien este término.

El logro de una formación completa e integrada requiere una acción conjunta de padres, profesores y directivos de las instituciones educativas. Porque la formación no es algo que se transmite con videos, conferencias eslóganes o campañas, sino que penetra como por ósmosis y sólo es eficaz con la libre aquiescencia de quien se forma, porque toda verdadera educación es educación en y para la libertad. La formación no es propaganda ni manipulación. La formación es rectitud, nobleza y valentía, para hacer valer los principios de la ética clásica, de la religión cristiana y de la capacidad moderna para la organización y la tecnología. Formar no es colocar prótesis en los puntos débiles del alumno, sino intensificar su vida, hacerla más valiosa y fuerte, fomentar sus hábitos intelectuales y éticos, para que sea él quien se auto eduque. Nadie lo va a hacer por él, mejor que él, si él no lo hace.

#### 5. ¿Pragmatismo o innovación?

La enseñanza encaminada hacia resultados controlables y utilitariamente aplicables renuncia, de antemano, a sus auténticos logros: la intensificación de la vida intelectual y ética del estudiante. Y es que el pragmatismo convierte a la educación en una domesticación, en un adiestramiento, proceso en el que no hay posible innovación, ya que se trata de trasladar al alumno determinados patrones de conducta previamente establecidos, para conseguir objetivos fijados de antemano. Lo cual no implica que lo transmitido sea trivial. Por ejemplo, algo tan difícil como invertir en Bolsa para incrementar un capital puede enseñarse a base de suscitar en el educando técnicas, habilidades y experiencias que optimicen las inversiones. Pero la finalidad -ganar dinero-ya está dada y también se mueven en un ámbito bastante predeterminado las posibles variaciones técnicas.

La innovación nunca es un resultado previsible: siempre es un logro sorprendente. La creatividad no consiste en manejar materiales previamente dados, sino en hacer emerger realidades nuevas a partir de la propia inteligencia. Porque la inteligencia es la facultad de salirse de los supuestos, de contemplar la realidad desde perspectiva inéditas y, por lo tanto, de poder considerar posibilidades operativas nunca previamente ensayadas. La originalidad o, mejor, la originalidad-consiste en generar realidades en cuya posibilidad ni siquiera se pensaba antes de que comparecieran. Y es preciso tener en cuenta que la propia economía -y especialmente el mundo de las empresas-presenta actualmente un fuerte componente intelectual. Se busca cada vez más un valor añadido puro, que es precisamente el que procede de la capacidad intelectual de innovación. Quien posea esta capacidad, ése es lo que hoy se llama un "talento", que aparece como lo más buscado en el mercado profesional. Nadie está más cotizado que aquél a quien se le ocurren ideas nuevas, aptas no sólo para solucionar problemas hasta este momento irresolubles, sino incluso para crear nuevos problemas que exigen también una solución innovadora.

El pragmatismo de cortos vuelos se limita a la producción de burócratas y tecnócratas, pero nunca hace emerger investigadores. La tierra fértil, el humus del que pueden surgir investigadores, es decir, profesionales creativos, es un ámbito educativo en el que al alumno se le pone en contacto con las creaciones más altas de la humanidad, destacando siempre lo que hay de innovador en la manera como fueron pensadas y suscitadas. Para ello es imprescindible contar con una buena biblioteca fácilmente accesible a los estudiantes y también una buena biblioteca para los profesores. La dirección del centro educativo no debe agobiar ni a docentes ni a discentes con tareas repetitivas y tediosas -o puramente lúdicas cuya ganancia intelectual es casi nula. No invirtamos preferentemente en instalaciones que, al fin y al cabo, son realidades mostrencas. Invirtamos en las personas, de donde toda innovación surge y a donde toda innovación retorna. Permitamos que se pongan a pensar, que tengan tiempo y sosiego para reflexionar, para leer, para estudiar. Porque hoy sabemos que la ciencia, el humanismo y la tecnología no progresan por acumulación, sino por cambios de paradigma, por revoluciones epistemológicas, por nuevas formas de cavilar que normalmente habrían sido rechazadas por los que se aferraban a esquemas que ya estaban agotados.

La educación mal pensada, con enfoques puramente procedimentales, aunque parezcan muy sofisticados, aboca a todo un país hacia la mediocridad y la dependencia.

El ambiente de los centros educativos ha de ser estimulante, debe constituir un semillero de talentos originales, en el que se premie a los que hacen planteamientos inesperados en el plano intelectual. Y entonces habría que preguntarse: ¿Es ésta la dirección hacia la que se encamina la educación en España? ¿De qué nos hablan las nuevas leyes? ¿Son recibidas críticamente por sus destinatarios? ¿O se disponen a aplicarlas con la docilidad con la que se rellena un cuestionario, de manera que no queden espacios vacíos?

Ahora bien, las leyes que se nos imponen no han de ser disculpa para renunciar a desarrollar una enseñanza auténticamente valiosa. Se tratará muchas veces de ir contra corriente. Lo cual requiere valentía, algo de lo que hoy no andamos sobrados en este país. A un poeta alicantino, Miguel Hernández, debemos esta frase, que es hoy como un reproche y un aguijón:

"Nunca medraron los bueyes en lo páramos de España".

Ante leyes que quizá no nos convencen, no sólo porque implican la difusión de contravalores sino también porque perjudican el propio dinamismo educativo, habrá que responder a veces con el dicho típicamente navarro: "se acata pero no se cumple". Las leyes injustas no generan la obligación de seguimiento. Más bien se encuentra uno obligado a objetarlas con los medios que estén a su alcance. Últimamente, se lo oí decir así a un colega de enseñanza media: "Una es la dirección en la que sopla el viento y otra la que sigue el barco."

## 6. ¿Adiestramiento o aprendizaje?

En la medida en que se atiene al construccionismo mecanicista y se burla de la dinámica del conocimiento, la enseñanza se asemeja a la domesticación y se separa de la ciencia. La educación se minimiza. Sus contenidos se hacen triviales. Y se olvida su gran tarea, la que confiere a la educación su máximo valor, que es precisamente la formación intelectual, la preparación científica y humanística, el crecimiento en la facultad de descubrir y captar nuevos conocimientos.

La gran ausencia en las sucesivas reformas de la educación en España está siendo -de manera creciente- la formación intelectual y cultural. Nuestros estudiantes de secundaria y de bachillerato están a la cola de rankings internacionales (como el PISA) en disciplinas tan básicas como las matemáticas o el dominio de la lengua. A pesar de que los alumnos y alumnas llegan a la Universidad un año mayores que antes, su nivel de conocimientos desciende de curso en curso y su madurez intelectual deja mucho que desear. Todo profesor que lleve tiempo en la enseñanza universitaria sabe que si exigiera hoy a sus estudiantes lo mismo que hace veinte años, casi ninguno aprobaría la asignatura. ¿Qué pasa? ¿Por qué ha sucedido algo tan penoso cuando los medios disponibles son cada vez más abundantes?

Si repasamos las tablas de contenidos mínimos que se han de transmitir en la enseñanza primaria y secundaria, observaremos la abundancia de materias puramente procedimentales o de alcance localista. Una alumna, brillante por lo demás, de cuarto de Filología Clásica en la Universidad Complutense, tuvo que interrumpir a su profesor para preguntarle dónde se encontraba Rodas. Me lo contaba hace poco. Cuando el catedrático la miró extrañado de que no supiera dónde se situaba esa isla de! Mar Egeo, que además es un destino turístico, la chica contestó que ella sabía mucho de las ovejas merinas de su comunidad, Castilla-La Mancha, y de la historia de las cañadas que atravesaban Madrid, pero que no tenía ni idea de dónde paraba, por ejemplo, Cádiz. Nuestro horizonte, además de lo local y regional, se limita cada vez más a las tres les que proponía Berlusconi como núcleo de la educación en Italia: Inglés, Informática e Impresión. Nada de ciencias de humanidades sólo

conocimientos instrumentales y pragmáticos. La reciente incorporación entre nosotros, de la Educación para la Ciudadanía, confirma esta tendencia y le confiere un sesgo ideológico sumamente inquietante. El llamado Plan Bolonia ha conseguido todo el proceso. Desde primaria hasta el doctorado, ya campea en todos los niveles el espíritu de la LOGSE.

¿Qué hacer? Enseñar con valor y con entusiasmo. Exigir más y mejor de lo que oficialmente se exige. Cumplir con exceso -o, mejor, incumplir por exceso-las directrices de esas leyes minimalistas, impartir más y mejor material No hay nada hoy más políticamente incorrecto que la exigencia. Pero cualquier educador sabe que, si no se exige al alumno, éste nunca dará lo mejor que lleva dentro, y quedará truncada su mejor trayectoria posible.

## 7. ¿Placer o esfuerzo?

La educación es un empeño de largo aliento. Una persona educada es el fruto de un esforzado trabajo por parte del propio estudiante y de una cuidadosa labor por parte de la maestra o del maestro. El premio inmanente de esta fatiga es un gozo incomparable con cualquier posesión material o con cualquier placer corporal de tipo hedonista. Si se promete el goce a bajo precio, se está proporcionando otra cosa distinta del rendimiento educativo y, a la postre, se está engañando. Un educador no debe prestarse a tal farsa, ni se le debe obligar a que la secunde.

En el planteamiento educativo predominante en nuestro país se produce así un choque, señalado por José Luis Villacañas, entre lo que, con terminología psicoanalítica, se puede llamar principio del placer y lo que se denomina principio de realidad. El pragmatismo se basa en el principio de realidad, y el neoliberalismo que rige la economía española premia el esfuerzo, la dedicación, el sacrificio incluso. Pero luego viene el consumismo, el disfrute inmediato de satisfacciones sensibles, una cultura del ocio que tiene un carácter disolvente. El lugar donde estas "contradicciones culturales del capitalismo" se hacen más agudas es precisamente la escuela, el colegio, la universidad. Por una parte, es necesario preparar a jóvenes competitivos para que se abran camino en un mercado cada vez más exigente. Pero, ¡cuidado!, hay que hacerlo sin herir su sensibilidad, sin humillarles, sin permitir comparaciones odiosas. Por lo tanto, se cuestionan las calificaciones numéricas, se problematizan los exámenes, se culpabiliza a los docentes de los traumas de las chicas y los chicos.

Como las cifras del abandono escolar son alarmantes, la última solución oficial consiste en que se pueda pasar curso en el Bachillerato con la mitad de las asignaturas pendientes. No sé qué razonamiento lleva a esperar que el estudiante que sólo ha logrado sacar adelante medio curso conseguirá el año siguiente superar casi curso y medio,

Si existe mobbing y violencia escolar, se da por supuesto que los responsables son los directivos y maestros, nunca las familias ni los propios alumnos. El permisivismo gana cada día nuevos objetivos y casi nadie se arriesga a denunciarlo, porque llamar a las cosas por su nombre equivale a perder popularidad, audiencia, dinero o, incluso, el puesto de trabajo.

La tolerancia con el abuso no conduce a ninguna parte. Como dice Julián Marías, "no hay que empeñarse en contentar a quien no se van a dejar contentar". Es preciso que la cultura corporativa de los centros -y a ser posible, la solidaridad entre centros, y el entendimiento entre docentes y padres de familia-permita el establecimiento de un buen concepto de la disciplina y el cultivo de un ambiente de estímulo y esfuerzo.

\*\*\*

En conclusión, hemos de abandonar un modelo educativo basado en el activismo, el control, la mera eficacia, la ideología, el pragmatismo, el adiestramiento y el placer. Y hemos de tener el valor de educar en la maduración, la vitalidad, la fecundidad, la formación, la innovación, el aprendizaje y el esfuerzo.

Esta es la encrucijada en la que se encuentra hoy día la enseñanza en nuestro país. Y me temo que la educación en España esté apuntando oficialmente hacia el ramal menos prometedor de esta disyuntiva, es decir, hacia las metas del primer modelo; mientras que ni siquiera se tienen en cuenta los valores del segundo modelo a la hora de organizar la enseñanza. Culpar de ello a las Administraciones Públicas es una especie de redundancia. Porque la educación es algo demasiado serio para dejarlo en manos de cualquier Administración Pública, del nivel o de! color político que sea, La educación es responsabilidad de las familias, de los centros de enseñanza, de los profesores, de los investigadores, y de los propios estudiantes. Todos ellos deben tomar ahora la palabra. Y deben tener el valor de enfrentarse a la mediocridad y ponerse a educar a fondo, de manera exigente y lúcida.

Bien pensada, la educación es la primera responsabilidad social de los ciudadanos. Porque en ella se juega la continuidad de la sociedad misma, que es imposible sin esa entrega de nuestra cultura a la generación siguiente en la que consiste la tradición. En rigor, nuestro gran problema -como país- consiste en que no nos acabamos de tomar la educación en serio. Ahora bien, resulta que no hay nada más importante y valioso que la educación en la nueva sociedad del conocimiento.

Cuando se está en una encrucijada educativa, es de suma importancia acertar con la dirección correcta. En términos deportivos, se ha comparado la vida social con una carrera de fondo. Pero a mí me gusta más asemejarla a una competición de tiro con arco, en la que lo importante no es llegar el primero sino acertar en el blanco. Una buena educación no es aquella que se imparte con más medios y produce jóvenes más competitivos. Es aquella en la que se hace diana

'Sucedee, además, "que la educación es una actividad que se retroalimenta, tanto negativa como positivamente. Por eso es reduplicativamente valiosa y constituye la materia más delicada que tenemos entre manos. La mala educación genera mala educación y la buena educación genera buena educación. La gran cuestión que perentoriamente se plantea es cómo corregir un planteamiento educativo que está mal encaminado. Y entonces no cabe apelar sólo a soluciones técnicas. No basta con hacer un plan estratégico dentro de la empresa docente o intentar ganar las elecciones en todo el país. La cuestión es más radical. En el fondo, las cuestiones decisivas siempre se ventilan en el ámbito del conocimiento y de la decisión, Se trata de pensar con verdad y de decidir libremente.

Para lo cual, hay que hacer dos cosas: redescubrir el valor de la educación, y tener la valentía suficiente como para hacer vida este valor en nuestra sociedad.